

LA CIUDAD Y EL RÍO: OTRO DIÁLOGO INTERRUMPIDO

Miguel Iriarte

*Con el lenguaje, la ciudad es tal vez la más grande
obra de arte creada por el hombre*

Lewis Mumford



FOTO: FABIANA FLORES



FOTO: FABIANA FLORES

*Hemos renunciado a
disfrutar de un gran
paseo por el río*

MIGUEL IRIARTE

POETA-ENSAYISTA Y PERIODISTA CULTURAL. ESPECIALISTA EN GESTIÓN CULTURAL,
UNIVERSIDAD DEL NORTE. LICENCIADO EN LENGUAS, UNIVERSIDAD DEL
ATLÁNTICO. DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA PILOTO DEL CARIBE. CATEDRÁTICO DEL
PROGRAMA DE COMUNICACIÓN SOCIAL DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE
(E-MAIL: clenao2@celcaribe.net.co)

RESUMEN

Este trabajo es una primera aproximación, con más preguntas que respuestas, y desde la perspectiva de los estudios culturales, al tema de la relación anómala entre ciudad y río, relación referida a la existente entre la ciudad de Barranquilla y el río Magdalena (norte de Colombia).

El estudio pretende analizar e interpretar diferentes aspectos de la realidad de esta relación para intentar entender fenómenos de un amplio espectro cultural que no han sido abordados aún desde este enfoque en los distintos trabajos que sobre la ciudad se han hecho en los últimos años. Las implicaciones de este desencuentro entre ciudad y río, luego de cuatro décadas de una relación armónica que significó un desarrollo crucial en muchos aspectos de la vida nacional, representa, hoy por hoy, un problema de naturaleza cultural, social, política y económica de aún insospechadas repercusiones en la vida presente y futura de la ciudad en términos de espacialidad real, falseamiento de los valores esenciales del paisaje, precariedad de la convivencia y de la calidad de vida, y sana construcción de los sentidos de identidad, ciudadanía y pertenencia.

PALABRAS CLAVES: Ciudad y río, espacio público. ciudad y cultura, ciudadanía.

ABSTRACT

This research is a first approach, with more questions than answers, from the perspective of cultural studies, to the abnormal relation between the city and the river, in the specific case of Barranquilla and the Magdalena River (Colombia).

This research attempts to analyze and interpret different aspects of the reality of this relationship (city-river) as a way to understand a phenomena of a wide cultural range that has not yet been studied from this perspective in the various works, about the city, accomplished during the last few years. The implications of this "un-encounter" between the city and the river, after four decades of a harmonic relationship that led to an important development in many aspects of the national life, represents today a cultural, social, political and economic problem with unsuspected consequences in the present and future of the city. This is also true in terms of real spatiality, non-recognition of the essential values of landscape, deficiencies related to conviviality and quality of life, and healthy construction of identity, citizenship and sense of belonging.

KEY WORDS: *City and river, public space, city and culture, citizenship.*

Antes de entrar en materia sería interesante retomar algunas observaciones planteadas en el seno de las discusiones relacionadas con los ejercicios de planificación desarrollados durante el proceso de formulación del Plan de Ordenamiento Territorial de Barranquilla (POT), en los que el autor de este ensayo tuvo la oportunidad de participar.

En algún momento de estos ejercicios se aclaraba, como presupuesto básico de la discusión, que antes de ponernos a pensar la ciudad hacía falta plantearnos en serio qué tipo de ciudad queríamos: si una ciudad vivible, una biocidad, o si queríamos, en su defecto, solamente un gran centro comercial, o un gran parque industrial; es decir, una ciudad en función de estrictos intereses productivos de la industria y el comercio. Si acaso se tratara de esto último, los argumentos presentados en este estudio desde una preocupación cultural resultarían sobrando en el mejor de los casos, o siendo francamente inconvenientes para quienes creen que tienen la ciudad perfectamente clara y definida frente a los desafíos del futuro.

En el contexto del país actual, descuadrado y desprovisto de cualquier clase de rumbo, han ido adquiriendo un gran valor político y cultural los ejercicios de pensar las ciudades con nuevos instrumentos teóricos y académicos que han permitido indagar de modos menos esquemáticos y más creativos en la vida de las ciudades colombianas. Prueba de ello es la extraordinaria literatura que hoy tenemos con experiencias como las de Bogotá, Cali y Medellín. En cierto sentido, ya hemos comenzado a hacer lo propio con las ciudades del Caribe colombiano, y por eso considero que ésta es una oportunidad absolutamente crucial para producir las primeras aproximaciones sobre temas de Barranquilla que no han sido tratados con anterioridad y con los que sin duda estamos en mora de hacerlo antes de que pasemos al calendario de un nuevo milenio. Y uno de esos temas tenía que ser por fuerza la relación Ciudad y Río.

Estas ideas están, por lo tanto, fundamentalmente motivadas desde la elemental observación, digamos crítica, del tipo de relación claramente anómala que ha vivido la ciudad de Barranquilla con relación al río en los últimos cincuenta años de su historia. No intentaremos, por tanto, explicar el fenómeno de esta anomalía desde un abordaje

histórico, político o económico, porque los pocos estudios que en ese sentido han tenido como referente la ciudad en los últimos diez o doce años sólo se han concentrado en reunir y comentar algunas fuentes documentarias específicas de esas temáticas, absolutamente necesarias porque no las teníamos, así como en la elaboración de un corpus teórico inicial para estudios más amplios y diversos, pero que, hasta donde conozco, no han tocado sino de manera tangencial el expediente cultural de sus procesos.

Lo importante aquí es empezar a señalar la urgente necesidad de que comencemos a mirar a través de diferentes intereses intelectuales la relación Ciudad y Río como un problema que los barranquilleros no podemos seguir soslayando, en tanto nos parece que será el tema crucial de la ciudad en el próximo siglo, si es que aspiramos a vivir en una ciudad vivible y a tono con los nuevos desafíos de la modernidad, entendida ésta, para el caso de una ciudad, como la armonización de los intereses de lo público y lo privado y la asunción de lo cultural como un factor definitivo en su progreso. Es decir, una ciudad resueltamente decidida a convertirse en una importante unidad económica de producción, de organización social y de generación de conocimientos, como la concebiría el profesor Fabio Giraldo¹.

METODOLOGÍA

Comoquiera que el tema de este estudio no ha sido nunca asumido desde la perspectiva cultural, el diseño metodológico de este trabajo está cruzado de distintos intereses teóricos que están más en cierta sintonía con el pensamiento complejo a través del cual intentamos explorar y explicar razones y comportamientos que han intervenido en la interrupción de un diálogo entre ciudad y río, que nos permitiría definir posteriormente un tono investigativo para estudios más rigurosos y complejos.

¹ GIRALDO, Fabio. *Pensar la ciudad*. Bogotá, T.M. Editores.

ABORDAJE

En principio, lo difícil para todo aquel que quiera entender el problema es intentar explicarnos cómo una ciudad como Barranquilla, que debe su más íntima razón de ser histórica a su destino geográfico de estar a orillas del gran Río de la Magdalena sobre los últimos 22 kilómetros de su ribera occidental, emprende un proceso de abandono paulatino del río rompe el lazo de contigüidad que había generado toda su importancia como «ciudad regional» y como «ciudad nacional» durante las dos últimas décadas del siglo pasado y en las tres primeras de este siglo.

Sin entrar entonces a profundizar, pues, en las razones, políticas, naturales, sociales y económicas que afectaron el tráfico fluvial por el Magdalena y el desmantelamiento de la estructura productiva alrededor del río y de la navegación, pero mirándolas de reojo, y acudiendo prioritariamente a la reflexión cultural, intentaremos explicar la naturaleza del problema y sus profundas e insospechadas consecuencias para la ciudad.

Y tendríamos que empezar con una aproximación como la siguiente: El oficio del río es simplemente estar ahí, discurrir, siempre nuevo y distinto. Su sola presencia es una realidad inapelable, un planteamiento filosófico clásico, un destino. Podremos no estar de acuerdo con él pero tenemos que enfrentarlo. Al margen de los peces que pueda dar, y de los ahogados que pueda llevar, o de los desastres que pueda causar, es ante todo un personaje-paisaje con el que se tiene la obligación de aprender a convivir, respetándolo y dominándolo con inteligencia, sensibilidad, tiempo, ciencia y dinero, y ante todo leyéndolo cada día e interpretándolo como un signo fundamental de toda comunidad que tenga la fatalidad histórica de estar en sus riberas, como ha ocurrido con las grandes ciudades de la historia que han sido forjadas por los ríos².

Barranquilla es una ciudad que no podrá jamás recuperarse del gran error histórico de haber pasado los últimos cincuenta años del siglo XX, los cincuenta años más definitivos del mundo contemporáneo,

² IRIARTE, Miguel. «La ciudad como espacio de cultura». Ensayo inédito.

negándose la extraordinaria posibilidad de asumirse cabalmente como espacio urbano moderno y de construir una ciudadanía con un verdadero espíritu de estos tiempos, por el solo hecho de haber abandonado la posibilidad de desarrollar una vida coherente frente al río. Es una ciudad que ha dilapidado vergonzosamente un tiempo definitivo de su historia despreciando las posibilidades de vivirse y desarrollarse en una espacialidad que sólo alcanzaría su máximo sentido de plenitud contando con la experiencia que significaba el río. Que le arrebató a Puerto Colombia su carácter original de puerto legítimo sobre el Caribe para no saber después definir qué tipo de relación iba a tener por fin con el río, en un gesto que en el ámbito Caribe significa «no saber bailar ni dar barato». Y entonces entre debate y debate, y entre frustración y frustración, terminó por cancelar de tajo el derecho de sus ciudadanos a vivir a la orilla del río construyendo un muro de ignominia, una barrera de aislamiento que impide físicamente que cualquier hijo de vecino barranquillero se levante un día y satisfaga el derecho elemental de desayunarse una porción de paisaje de la geografía que él mismo habita. Y lo peor es que ese derecho elemental nunca figuró en la agenda gubernativa ni en las grandes decisiones que tienen relación con el futuro de la ciudad, y desde luego, tampoco en el imaginario del habitante barranquillero, porque como expresa Juan Carlos Pérgolis en referencia a la semiótica de quinta generación, nadie desea nada que no conoce, y porque en verdad alrededor del tema ronda el convencimiento de que no se trata de algo que tenga realmente que ver con lo que algunos llaman la ciudad pensada en serio. Y esa es la gran equivocación.

Lo cierto es que al plantearnos el problema surge de inmediato la pregunta: ¿Cómo es posible que la ciudad no pueda disponer del río como espacio público y aun así esto no sea considerado como un grave problema político, social, cultural, urbanístico, territorial y humano? Esa grave carencia, la falta de esa espacialidad urbana del río denuncia la noción equivocada de ciudad que se ha tenido en Barranquilla durante todo este tiempo señalado. Lo que quiere decir que se ha confundido la inercia de los procesos de crecimiento y urbanización de sus espacios con el compromiso fundamental de hacer ciudad. Y en este caso, quitándole al río su importante significado colectivo para convertirlo en un feudo de intereses muy especializados que sólo se expresan en función de la navegabilidad o no del río.

Esto ocurre en una ciudad como la nuestra en la que desaparecidas las esquinas, la calle, el andén, el parque como espacio de disfrute, se hace más que nunca necesaria la recuperación del río como bien público, como espacio público y como paisaje público. Desde esa idea de ciudad incompleta, sin el río, podríamos perfectamente llegar a decir que el barranquillero no es ciudadano porque Barranquilla es una ciudad falseada, por la no tan sencilla razón de que precisamente el río no es sólo un espacio físico-geográfico sino también, o debería serlo, un espacio en la mente del habitante barranquillero, una entidad fundamental en su imaginario.

En coherencia con esas consideraciones, una ciudad debe parecerse a los habitantes que la viven. La una y los otros deben merecerse, tienen que identificarse. De no ser así, los ciudadanos no reconocen su ciudad, y desde luego la ciudad no les pertenece. En consecuencia, sin esa pertenencia, lo más probable sea que la ciudad termine siendo una composición escénica en la que los actores no reconocen las exigencias de sus papeles, ni encajan, por lo tanto, en el desarrollo de la historia que tienen entre manos. Y para poner ejemplos incontrastables de lo anterior, no tenemos sino que mirar a nuestro alrededor para sacar las respectivas conclusiones: el divorcio realidad-imaginario, la comunicación interrumpida de ciudad y río, los estragos de la nostalgia por encima de la conciencia del presente, el poco o nulo sentido de pertenencia, entre otras variables.

A propósito de esa composición escénica sin coherencia y sin participación, conveniente es aquí citar al profesor Fernando Viviescas cuando dice que *«Se ha construido el entorno urbano tratando de evitar el hacer ciudad. Ha habido un simple ejercicio de construcción de edificios y planes viales (muchas veces muy mal planeados) con el único pragmático interés de que sirvan como ámbito ordenador de la producción, soslayando el concomitante espíritu ciudadano que la ciudad conlleva y que se ubica en la libertad política y en el enriquecimiento y potenciación cultural»*³.

Se trata entonces de que Barranquilla ha limitado exclusivamente la esencia de su problema frente al río en los términos simplistas de tener o no tener un canal navegable, sin trascender la elemental natu-

³ VIVIESCAS, Fernando. *Urbanización y ciudad en Colombia*. Ediciones Foro Nacional.

raleza puramente coyuntural de falta de recursos económicos o la expresión de una inconveniencia ingenieril, mientras el río sigue allí «tan lejos tan cerca» esperando formar parte alguna vez de la vida de la ciudad y de los ciudadanos, más allá de las dragas y de los diques direccionales.

Es por eso entonces que decimos que Barranquilla es una ciudad incompleta. Nadie se ha puesto a pensar jamás qué tipo de lesiones ha provocado en la ciudad esa mutilación de la parte más genuina de su ser como ciudad. Nadie se ha puesto a pensar por qué ella misma ha originado, en consecuencia, un tipo de ciudadano tan atípico. ¿Será entonces que esa tan celebrada bacanidad, esa laxitud, ese bello abandono, esa «cheveridad» tan envidiada por tantos en otras ciudades no es el producto de ninguna ventaja temperamental, sino la carencia profunda de un compromiso a fondo, y no precisamente folclórico, con la vida y con el entorno, algo que tal vez no pueda ser llamado de otro modo sino desarraigo, la falta de una «raíz antigua», esa esencia que no pueden tener sus habitantes porque la ciudad misma no la tiene?

En ese sentido podrían a lo mejor resultar sorprendentes estudios de sicología social con muchas y muy interesantes hipótesis que constatar. Hagamos el ejercicio de pensar en lo que significa para la naturaleza de cualquier cosa viva, y una ciudad lo es, por definición, el ser al mismo tiempo una cosa y no serla. Estar a la orilla de la desembocadura de uno de los ríos más importantes de nuestro continente y no vivir, en consecuencia, las características distintivas de su ser ribereño. Podríamos comparar esta ciudad con una mujer muy loca y muy hermosa que luego de disfrutar mucho la vida sufrió, siendo aún muy joven, los estragos de una trombosis que la dejó hemipléjica, es decir, que le dejó un lado muerto. En este caso, el lado del río. A esta mujer aún le quedan vestigios de esa hermosura y ha asumido como oficio inapelable el de ponerse a vivir de la nostalgia de sus famosas peripecias y de sus reconocidos prestigios. Sólo que los que no la vemos caminar o no bailamos con ella, los que siempre la vemos estratégicamente sentada o en fotografías, viviendo del cuento y de los viejos tiempos, no podremos jamás sospechar qué tipo de traumas ha ido acumulando esta mujer, qué dolorosa realidad esquizoide la atormenta.

A propósito de esta metáfora, recogemos un frase muy contundente que el famoso pensador europeo Claude Levy-Strauss, en

un conocido escrito sobre las ciudades latinoamericanas, parece haber pensado para aplicar a esta pobre mujer. Decía que nuestras ciudades habían pasado directamente de la lozanía a la decrepitud sin llegar a ser nunca antiguas.

Por otra parte, la naturaleza cultural que configura o lleva a configurar una identidad cultural en la ciudad viene de la tendencia lúdica recreativa que la cotidianeidad impulsa en la ciudad. Y el río es presencia cotidiana. Allí está «humillado y sucio lavándole los pies a la ciudad», todos los días, desde antes que existiera la ciudad, en un gesto que nadie le ha pedido pero que además nadie reconoce. Es por eso que no podemos pretender que el carnaval sea nuestra única tabla de salvación cultural, nuestra única raíz identificatoria. Que desde luego también lo es, pero le hace falta esa esencia cotidiana y esa permanente presencia que sí tiene el río. El carnaval, por principio filosófico, es un momento excepcional en la vida de una comunidad. Y es esa esencia excepcional, esos cuatro días suspendidos en el tiempo, los que nos impiden estar todos los días en estado carnavalero, porque estaríamos proponiendo entonces una especie de Jardín de las delicias del Bosco en vez de una ciudad.

El mismo Fernando Viviescas al explicar que la ausencia de una cultura urbana plantea el problema del deterioro de las formas de vida dice que *«la separación tajante del ciudadano de los destinos de su entorno inmediato tiene, desde luego, consecuencias negativas de todo tipo, pero donde se torna más peligrosa es en el campo de la cultura, en la medida en que falta la referencia identificatoria de pertenencia a un lugar –por el mismo hecho de que no se puede participar de manera activa y creativa ni en su planteamiento ni en su transformación– va eliminando en la población la posibilidad de establecer lenguajes de representación, por ejemplo espaciales, que activen el enriquecimiento y la recreación de los elementos que actúan en el elevamiento de las condiciones de existencia»*⁴.

Ahora bien, el hecho de que hasta hoy el habitante barranquillero haya renunciado de alguna forma a reclamar su derecho al río, a disfrutar esa porción de paisaje auténtico y legítimo, en virtud de su contigüidad con una naturaleza no construida, comoquiera que la margen

⁴ *Op. cit.*

oriental del río frente a la ciudad es un largo discurso paisajístico todavía incontaminado de intervenciones urbanísticas, tal vez se deba a un proceso de devaluación de las aspiraciones que en general se ha vivido en la ciudad, a la par que en el país, en el contexto de una equivocada noción urbanística de progreso y de un empobrecimiento progresivo del habitante urbano, debido a la crisis del espacio planificado, a la explosión del problema de los desplazados y al consiguiente crecimiento de la marginalidad, y a la obligación de sentirse consolado y/o sobornado con la aspiración a la propiedad legal de una «vivienda», no importa en qué tugurio y en qué condiciones, y lejos de las nociones de dignidad, decencia, cultura y desarrollo intelectual. En 1940-1950 se luchaba por una casa efectivamente dotada, dice Fabio Giraldo, ahora se aspira meramente a un «lote con servicio». Ni qué hablar del derecho al paisaje, a la recreación y a la cultura.

La negación del río como elemento integrante fundamental del ser de la ciudad es una grave alteración topológica, un exabrupto geográfico, una incongruencia morfológica, una mutilación ontológica peligrosa, un atentado a la integridad de su territorio, y por lo tanto una desterritorialización.

¿Por qué no habremos nunca relacionado el poco o ningún sentido de pertenencia de los barranquilleros con esta pérdida parcial de la ciudad? ¿El mismo concepto estereotipado que se tiene de sus ciudadanos no será una resultante más que lógica de ese vivir en una ciudad incompleta? Existen estudios escamoteados por algunos intereses que apuntan a que en el imaginario de la ciudad no existen hitos urbanos que relacionen esencial y coherentemente al ciudadano con la ciudad, y mucho menos con el río. Cuando se ha hecho el ejercicio de indagar en ese sentido, las respuestas van de una barbaridad a otra sin ninguna reflexión, denunciando un terrible sentido de desorientación y de falta de pertenencia. Se pasa del Puente Pumarejo al Zoológico, del edificio Miss Universo a la Catedral, del Teatro Amira de la Rosa al edificio Girasol, del Sao de la 93 al Super Ley, de la calle 84 al edificio de la Aduana, del Estadio Metropolitano al corredor de la 51B, de cualquier bailadero de moda a otro, del Junior a la Danza del Torito o la del Congo, y de la Marimonda a la Burra Mocha, cuando no a la representación del conjunto del carnaval. Pero nadie o casi nadie coincide con otro barranquillero en considerar al Río Magdalena como hito urbano

reconocible, como un claro referente de identificación para la ciudad y para sus habitantes. Y eso es grave, porque renunciar al río, o seguir pensando que puede seguir siendo algo prescindible o postergable para la vida de la ciudad es desconocer peligrosamente la naturaleza esencialmente simbólica del ciudadano. Lo que llevaría entonces a preguntarnos, ¿cuál es la espacialidad característica de Barranquilla sin el río? ¿Qué es lo que en verdad la representa? ¿Cuál es entonces el encanto de Barranquilla que todo lo tiene y nada le pertenece?

Un imaginario así tan inestable, tan precario y tan poco coherente con la historia y con la vida esencial de la ciudad no parece tener origen en una cosa distinta que no sea en la falta de una cultura del río. Es decir, la inexistencia de un sistema de vida armónico fundamentado en razones verdaderas que circulen con fluidez creadora entre ciudad, río y ciudadanos. Así las cosas, por eso tal vez se explique la conciencia casi inexistente que de la ecología y del medio ambiente se tiene en la ciudad. Cómo no, si el crimen ecológico más execrable no consiste en llenar el río de basuras a través de los arroyos, o el vertimiento de sustancias tóxicas en sus aguas, o botar muertos en su corriente, sino la privación misma que del río padece el ciudadano, y que es considerada por algunos expertos economistas y planificadores como un reclamo romántico que no tiene nada que ver con lo que la ciudad realmente necesita para salir adelante con sus problemas fundamentales del empleo, el puerto, la reactivación económica, los nuevos corredores comerciales o las nuevas industrias, con lo cual se niega el extraordinario potencial redinamizador que ofrecería el río para una nueva concepción de la economía en la ciudad.

El hecho de que el río haya desaparecido del imaginario de la ciudad, si es que alguna vez estuvo, tal vez quiera decir que es una ciudad que no ha sido nunca imaginada, es decir, planificada, pensada, ordenada y regulada, y que lo que en ella hay de afín a estos procesos ha sido el producto de contactos esporádicos, trunco o mal interpretados en el marco de una inercia histórica a través de la cual le han ido acomodando de manera asistemática, improvisada, anómala y tardía cosas, ideas, normas, contratos, edificios, proyectos, trazados, simulaciones de planes, etc., que no le han permitido lucir una verdadera fisonomía y estructura de ciudad al día con los tiempos y con las necesidades vitales de sus habitantes.

Podríamos intentar también una explicación de ese comportamiento de la ciudad con relación al río en los términos de ese obstinado ejercicio que siempre se ha hecho en Barranquilla de desplazar el presente hacia el pasado en la forma de una nostalgia lastimera de su pionerismo múltiple y de sus días de gloria, hoy ya perdidos de manera irremediable, por lo que con toda razón se dice que la utopía de la ciudad se encuentra en el pasado, o desplazándolo también hacia el futuro como un futuro deseado, un futurible, pero nunca, en todo caso, de frente y a fondo con el presente.

Cuando el profesor Martín Barbero acude al concepto denominado «los modos de estar juntos» del historiador español José Luis Romero⁵ para referirse a esas formas particulares que genera un espacio ciudadano en sus habitantes para hacerlos precisamente ciudadanos, a través del lenguaje de unos espacios públicos que la ciudad provee para comunicarse con sus habitantes, no podemos evitar pensar en el papel definitivo que jugaría el río en una ciudad de desplazados como Barranquilla frente a la sensible necesidad de unificar alrededor de referentes comunes a esa amplia y diversa masa de gentes de diversas procedencias para hacer con ellos ciudadanía y construir en ellos esos referentes urbanos culturales de clara significación comunitaria, colectiva, en función de una mejor calidad de vida.

Pero no sólo en el sentido de ser factor en la construcción de ciudadanía, pensemos también en la dimensión estética de la ciudad. De qué manera sin el río los barranquilleros hemos renunciado a disfrutar de una ciudad con las ventajas y virtudes que le puede significar un gran paseo del río, una especie de cinturón verde lleno de espacios públicos recreativos, turísticos y culturales con restaurantes, bares, cafés, librerías, galerías, hoteles, almacenes de artesanías, y un museo fluvial, por ejemplo, que permitiera subsanar todo el olvido de la historia de la ciudad en función del río. Sin duda, esto representaría el espacio natural de contacto del ciudadano con el río, al tiempo que el hito urbano ciudadano de mayor significación vital y de más alto valor simbólico para todos los barranquilleros, así como el redimensionamiento de la estética de la ciudad.

⁵ BARBERO, Jesús Martín. «La ciudad virtual». En: *Revista Universidad del Valle*, N° 14, especial de La Ciudad...

Porque desde el punto de vista de una lógica ordenada, una estética tiene que ser la resultante de un proceso cultural, de un aprendizaje de razones sólidamente intercomunicadas y de un complejo de relaciones entre lo individual y lo colectivo, lo pasado y lo presente, la historia, la experiencia y la imaginación, el hoy y el mañana. Y si partiendo de lo anterior, hablamos de la dimensión estética de una ciudad sin esas razones fundamentales, la estética no sería más que una simple operación cosmética, la belleza sin merecimientos y sin correspondencia.

Y eso sólo es posible si pensamos la ciudad desde la cultura. Porque es entonces asumirla desde un punto de vista creativo y creador. Es decir, nos permite abandonar las trincheras de las certezas absolutas y de las verdades reveladas, para arriesgarnos a pensarla desde la utopía o desde la realidad misma, pero con un horizonte decididamente nuevo y revolucionario. De una manera compleja y aleatoria. Como dice el profesor Fabio Giraldo: «El caos, el azar y el desorden también se encuentran actuando en la naturaleza y la cultura»⁶.

El mismo profesor Giraldo, parafraseando a Castoriadis, dice: «La ciudad es lo que somos todos, y lo que no es de nadie. Lo que jamás está ausente y casi jamás presente como tal, un no ser más real que todo ser, aquello en lo cual estamos sumergidos, pero que jamás podemos aprehender en persona».

CONCLUSIONES

No nos quedan dudas cuando pensamos que el futuro de la ciudad sólo tendrá sentido cuando haya un acuerdo ciudadano que retome y enmiende el diálogo cultural Ciudad y Río interrumpido de manera progresiva por una inercia y una noción equivocada del progreso que creyó que la modernidad de la ciudad estaba en el fuego fatuo de unos signos que sus dirigentes no han sabido interpretar en el tiempo, y empezaron a empujar a la ciudad alejándola del río y construyendo entre éste y aquélla una barrera que más temprano que tarde tiene que abrir unos amplios espacios de reencuentro del barranquillero con esta presencia absolutamente imposible de desconocer. Ese es, sin duda, el proyecto

⁶ GIRALDO, *op. cit.*

cultural más importante y al mismo tiempo más urgente en el que la ciudad tiene que entregarse sin reservas.

El maestro Rogelio Salmona, con palabras sin duda mucho más inteligentes y sabias, hace una sentencia que resume lo inmediatamente anterior en los siguientes términos: «*La ciudad, creada para el bien del hombre, máxima expresión de la civilización, no ha de continuar siendo un espacio de manipulación del poder, ya sea el político o el del dinero, o la unión de ambos. Tampoco es el lugar de la especulación del constructor, o el coto reservado del planificador al servicio del Estado o del poder financiero, como eran los terrenos de cacería de feudos y caciques*»⁷.

En el caso de Barranquilla, afortunadamente está por iniciarse un proyecto denominado Parque del Río, a instancias de la Cámara de Comercio y de otras instituciones, que puede constituirse en un primer paso para reconciliar ciudad y río, y mediante el cual puede ser posible empezar a generar un reencuentro también paulatino y reflexivo del ciudadano con el río. Se trata de un proyecto que pretende concentrar en una amplia área de diez hectáreas un complejo armonioso de instalaciones, atracciones y servicios, más allá de las cuales pretende revitalizar, en este caso prácticamente refundar, una cultura del río.

Y cuando esto ocurra no todo se habrá solucionado. Vendrá entonces el desafío de liberar más espacios hacia el río y de comenzar a desarrollar una pedagogía nueva de ciudad, porque sin duda se tratará de una verdadera revolución en la percepción de la misma. Ello dará a los barranquilleros la oportunidad de re-encontrarse con su vocación ribereña, de descubrir que el río forma parte de nuestra propia geografía sentimental de ciudadanos, de tal suerte que podamos por fin reincorporarlo de una vez y para siempre al lugar de donde nunca debió ser desterrado: de nuestro corazón y nuestra mente, y por supuesto del centro de nuestra vida cotidiana. Lo que en el fondo significaría asumir con serio compromiso el proyecto cultural de reconciliar ciudad y río en el que todos los habitantes y el gobierno tendrán que hacer todas sus apuestas. La integración con el río de nuestra antigua grandeza, el gran «río de la vida», como lo llamó alguna vez García Márquez.

⁷ SALMONA, Rogelio. «La poética del espacio II». Entrevista recogida en el volumen *Pensar la ciudad*. Bogotá, T.M. Editores.